

Poemas de Ileana Álvarez González

ELEGÍA

A la memoria siempre joven de P.B.

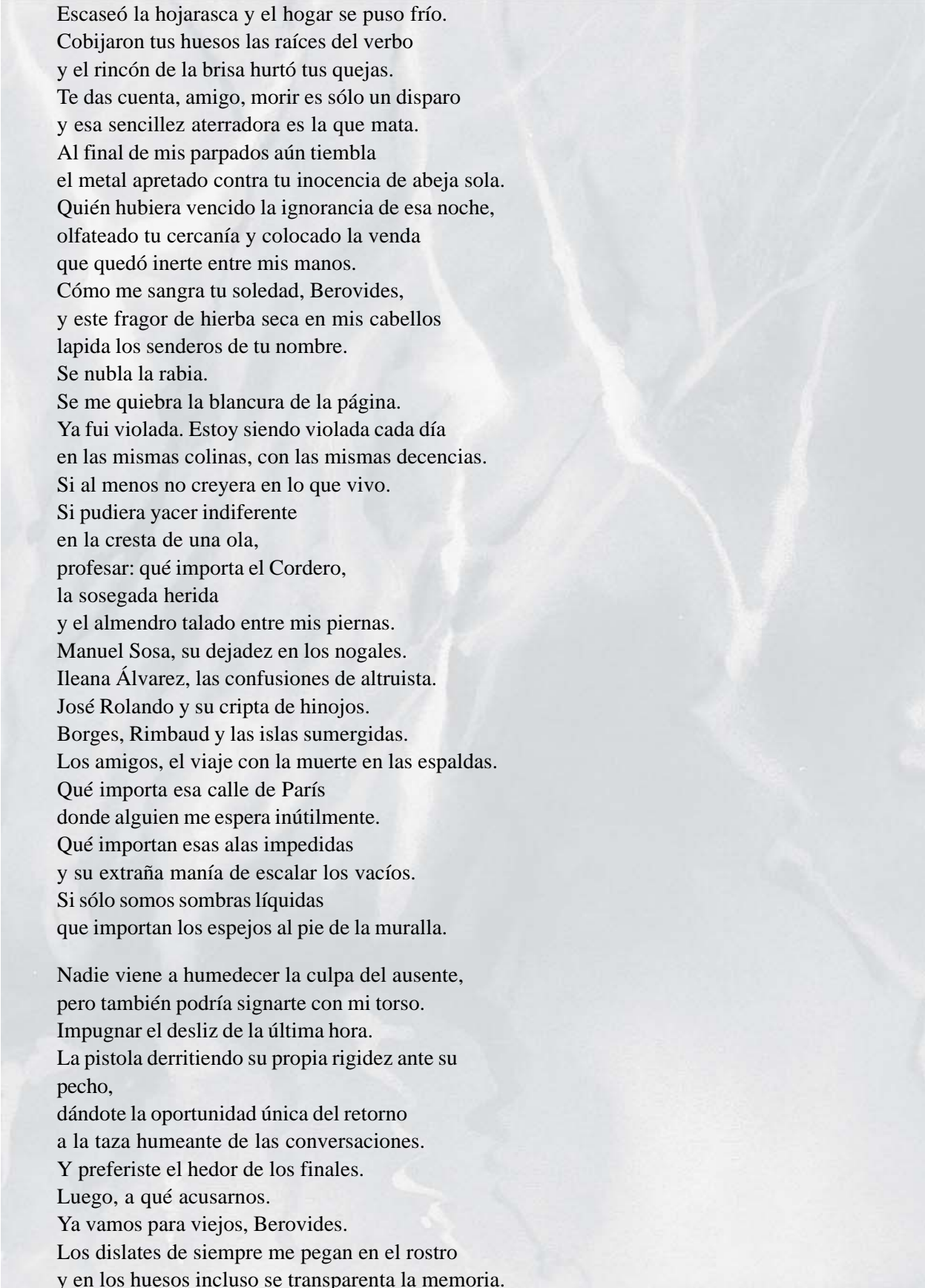
«Pero un día llega el absoluto de su oleaje
y su ala reina en la extensión
de nuestra espada».

JOSÉ LEZAMA LIMA

Voy a voltear la hojarasca de sueño
en los recintos impasibles de mis pasos
signados por el odio y las ausencias.
Será como borrar encrucijadas, capiteles,
tender a un punto fijo sin contornos,
único desfiladero que oville los trigales del alba.
Que llene las entrañas del sediento de luz
y deje en cada huella la densa pesadumbre.

Lloraba hoy la muerte de un amigo
como tejas arrancadas a la ciudad de mi cuerpo.
Las veía alzarse en torbellino,
luego iban cayendo con la infinita lentitud
de quien se sabe ausente.
Las oía romperse. Y heme aquí.
Impregnado mi verso de una sucia humedad,
me oculto bajo un vago follaje de palabras.
Apuntalo la sangre hirviente por la pérdida.
Heme aquí, trastocando la grandeza del sonido
en el canto de un gallo espeso de vejez.

Pedro Berovides, están tus ojos reencarnados
en los labios de un griego orando en una laza.
Y las manos con que atravesaste tu corazón
tardío de caricias y batallas,
las mismas que curaron mi hambre adolescente,
señalan a mi pecho como el rayo a la grieta.
No me juzgues, aciago soñador,
hay veces que en las corolas de los gritos
los cielos se marchitan y oímos un portazo.
Recuerda, a ti también te fue difícil.



Escaseó la hojarasca y el hogar se puso frío.
Cobijaron tus huesos las raíces del verbo
y el rincón de la brisa hurtó tus quejas.
Te das cuenta, amigo, morir es sólo un disparo
y esa sencillez aterradora es la que mata.
Al final de mis parpados aún tiembla
el metal apretado contra tu inocencia de abeja sola.
Quién hubiera vencido la ignorancia de esa noche,
olfateado tu cercanía y colocado la venda
que quedó inerte entre mis manos.
Cómo me sangra tu soledad, Berovides,
y este fragor de hierba seca en mis cabellos
lapida los senderos de tu nombre.
Se nubla la rabia.
Se me quiebra la blancura de la página.
Ya fui violada. Estoy siendo violada cada día
en las mismas colinas, con las mismas decencias.
Si al menos no creyera en lo que vivo.
Si pudiera yacer indiferente
en la cresta de una ola,
profesar: qué importa el Cordero,
la sosegada herida
y el almendro talado entre mis piernas.
Manuel Sosa, su dejadez en los nogales.
Ileana Álvarez, las confusiones de altruista.
José Rolando y su cripta de hinojos.
Borges, Rimbaud y las islas sumergidas.
Los amigos, el viaje con la muerte en las espaldas.
Qué importa esa calle de París
donde alguien me espera inútilmente.
Qué importan esas alas impedidas
y su extraña manía de escalar los vacíos.
Si sólo somos sombras líquidas
que importan los espejos al pie de la muralla.

Nadie viene a humedecer la culpa del ausente,
pero también podría signarte con mi torso.
Impugnar el desliz de la última hora.
La pistola derritiendo su propia rigidez ante su
pecho,
dándote la oportunidad única del retorno
a la taza humeante de las conversaciones.
Y preferiste el hedor de los finales.
Luego, a qué acusarnos.
Ya vamos para viejos, Berovides.
Los dislates de siempre me pegan en el rostro
y en los huesos incluso se transparenta la memoria.

La espada adolescente de tan antigua
no sabe cómo abandonar el corazón de la roca.
De alguna forma todos hemos sido castigados
a esperar por las manos de un hermoso guerrero.
La respiración se hace incierta y tenue.
Ando de vuelos como la hoja de yagruma,
maldiciendo mis caras... ¿Ves?

Ya no me asiste la fuerza en el convite
y ganar o perder no es mi dilema.
Así entre viejas redes sajiéndome los pasos
existir es suficiente como el mayor prodigio.

Tomado de: *Los ojos de Dios me están soñando*

INTERIOR

A mi hermana Zaira, sus aguas

Bebí anoche de un agua bendecida
y en su orilla fui pluma de paloma
que por los cielos tristemente asoma
su manso corazón de ave perdida.
Se hizo unguento, venda en tanta herida
y robé de sus tibias turbulencias
que confusas por falsas transparencias
lloraron nieves y rezaron lumbre.
¿No te detuvo tanta pesadumbre
agua blanca que buscas las ausencias?

Agua blanda que fluyes silenciosa
junto al bosque sonoro de la vida,
¿no te importan las voces de partida
ni te enturbia la senda tormentosa?
Agua viva que ríes amorosa
cuando clavan la daga en tu pureza,
si rehusas, agua blanca, la tristeza,
¿cómo logras dar luz a tu sonrisa?
— Silenciando los fuegos de la prisa
anulando con alas la torpeza.

Tomado de: *Los ojos de Dios me están soñando*

AL FONDO DE LA SOMBRA

Un día más que escupe sobre el rostro.
Estoy sentada en el quicio de la escalera íntima.
Un caracol, una hogaza de nieve,
un pensamiento, la abulia perforando los sentidos.
El laberinto me posee.
Escudo a mis hijos como tigre.
Soy un cielo sobre su cabeza,
una raíz fija mis ojos en cada gesto,
en cada surco estrellado
que los pequeños pasos dejan sobre mi espina dorsal.
Dejo pasar la nobleza de la luz,
un viento transido de ancestrales paisajes ,
apenas la utopía que aún me habita.
En este estar alerta, me deslizo
por el borde de las tribulaciones.
Sutilmente me escurro hasta llegar a tierra.
Ya el roce no es el mismo con mis huesos.
Con el fango limpio,
las uñas hacinadas de levedad.
No quisiera pensar.
¿Morir acaso?
¿Pisotear hasta el agotamiento
las silabas que ostentan mi dolor?
¿Escupirlas,
limarlas y limarlas
hasta que suelten fuego?
¿Alcanzar el cuchillo
que asfixie la zozobra?

Si al menos sólo pudiera avizorar el peligro,
ser ala, espuma bajo los pies del inocente.
Pero el laberinto me posee.

Abro los cantos de Huidobro:
los *arados de angustia* que labran la carne de Altazor
también se hunden en la estrella que soñé para mi pecho.
Descubro el doble de mí misma,
a carcajadas ahogo el patetismo que sudan mis palabras.
No fue suficiente la distancia que halló el poeta
Entre las almas de la postguerra
Para ahuyentar su propio tormento.
¿Crear, entonces, que pueda romperse el universo
a mis pies?
Me dejaré caer, sin temor, sobre las trampas
que consagraron mis enemigos, las visiones
de los muertos a los cuales robé su pizca de resplandor.

Me dejaré caer *sin miedo al fondo de la sombra*.
Aun así surgirá la duda
al envés de los ojos del alba,
cuando mis hijos logren la serenidad
del primer cielo por refugio.

¿Y a mí quién me vigila?

Tomado de: *Consagración de las trampas*

ARTIFICIOS

*Volverme pies arriba,
Ramas adentro...*

Nace una llama en el seno de pupila.
Afuera es una línea sin fin en el papel incólume,
huellas de moscas sobre el busto de un parque.

Cierta vez que deseé ser un árbol invertido,
beber con mis cabellos los ríos subterráneos,
las naves fantasmas, el oro de los druidas.
Soñé que mis piernas acariciaban el cielo
como una Torre de Babel en Pentecostés,
que mis pies absorbían
las nubes pletóricas de lluvia.
Cierta vez fui ese árbol invertido.
Todo era distinto.
Sobre el inmenso tapiz del cielo
se mostraba también lo que de cuervo encarno.
Eran dos alas únicas, sin horizonte ni estrella.
Dos alas como dos rosas recién nacidas
flotando sobre la nieve de una montaña.
Dos alas cuyo batir era rumor de auroras,
sinfonía de secretos, espuma virgen.

Cabeza abajo se respiraba bien.
Las hachas tornadas vanidosas orugas,
filigranas de verde los fuegos negros,
rosa el breñal, miel la hojarasca.
Cada estación era un júbilo sucesivo,
un nacimiento, una caricia al germen del sol.
Aquellas figuraciones duraron apenas un canto.
Que todo siempre vuelve
a su prístina forma
mientras la niebla disipa la niebla
los vapores del frenesí, la historia
bebida en el dolor del cáliz roto.

Cabeza abajo se araba bien,
Las semillas lucían bruñidos filamentos
De trigo y de nostalgia,
quizás un poco de tierra y sangre,
arena y albatros acurrucado
sobre el dintel de la voz sin acero.

Mas, toda profecía oculta, niega, quiebra
la mano suspendida
en el arco del temor.
Cabeza abajo se perdonaba bien,
y un aire limpio abrasaba el rostro del silencio.

Tomado de: *Consagración de las trampas*

CON ANA AJMATOVA COMO UNA SOLA LÁGRIMA FRENTE A LA NIEVE Y LAS CÁRCELES DE LENINGRADO

Impregnada de noche, tras los barrotes de la duda,
contemplo los lindes del sendero.
Al centro de las piedras y el polvo
y la hierba de hastío chamuscados,
una charca, sosegada en su pequeñez, hacina
toda la plata que el astro vierte.

Es bueno sacar la niebla de los huesos
y colgarla bien afuera, donde lastime menos
el desamparo de la sombra,
y la angustia que nos nace en la creencia
de un patria interior. Allí,
cuando el alba y la espina
ciñen el rostro del destierro.

Desearía, ahora, tener una naranja
y cubrirla de sueños y beberla hasta el fin.
Algo de realidad, pura, sin tapujos
entre mis labios que se inventan la aridez.
Me ahogaría en la manzana del consuelo,
En esta larga espera donde tejo calcetines
para los pies de Míjail Bulgakov,
una mantilla roja para un Virgilio
que se sumerge en los olores
del puerto de La Habana.

También yo puedo mirar
tras la piel de las interrogantes
y descubrir la espiga al vértice del espanto
que no decido franquear.

Yo contigo como un monte y otro monte, Ana,
sumergidas en la noche única.
Tus versos quemarán el hierro.
Bajo la escarcha del prójimo
abrazarás la carne mancillada de tu hijo
y estarán a salvo. Mis huesos
sostendrán las cúpulas de mi hogar
cuando el cierzo anide
entre las dunas de mi vientre.

Yo contigo como un grano de tierra sobre el mar
renaciendo bajo el arco infinito del dolor.

Tomado de: *Consagración de las trampas*

PALABRA DE VIRGINIA WOOLF COMIDAS POR LOS PECES

La manzana pulposa del desdén
acaricia mis labios.
Yo la huelo, la palpo.
La he soñado brotando,
inextinguible,
en la hojarasca del miedo,
otorgando la gravidez
que falta a mis conjuros.
También sé que dolería más
quebrar la redondez augusta,
la armonía de su arrebol.

Todo depende de mí,
de un suspiro apenas,
y la mirada se resfría en la intemperie
ansiando acariciar la estrella en lontananza.

La pupila es piedra tatuada de imposibles,
y mi mano y mi pecho son dos almendras secas.

Todo depende de aquel primer impulso, Señor,
en que tus parpados, en el oro líquido
de la gracia sumergidos, desmintieron sin pudor
la luz de mis naufragios.

Tomado de: *Consagración de las trampas*

DA PENA LA LLANURA AL MEDIODÍA

Da pena la llanura al mediodía,
 su silente temblor bajo mi piel
 dobla la testuz del miedo
 que la mira como cántaro herido.
 Las palmas solitarias se vuelven mustios salmos
 Y el rumor quieto y amargo de la hierba
 Cual liebre palpita hacia los desgajados bordes.
 Sobre un fondo de olvido se dibuja
 espesa, poseída por pájaros ausentes.
 Lo poco de humedad que atesoraba se hace fango en el pecho,
 torna lágrima.
 ¡Qué blando corazón lleno de moscas nubla
 los agitados sueños de esta isla!
 ¡Qué resplandor violento hiere la sombra
 blancamente posada sobre su mansedumbre!
 ¿Cuál párpado soez oculta aquel sendero
 que al árbol imposible nos conduce?

Desnuda, tierra mía,
 breve raíz sin vértice.
 Hondo lamento de león cautivo
 en los atardeceres
 como cristal sin costas.
 Por la rendida hora,
 De sal blanqueada y piedra,
 hacia ti mi pecho undoso,
 el frágil estandarte
 de mi voz oscura, a media asta.
 Hacia ti mis acequias, los pozos
 que en el labio cada imagen suspende,
 el manantial profundo en espiral de la memoria.
 Continente de luz, tú que perdonas
 los fulgores del astro,
 el miedo por los límites.
 Tú que alimentas el vino del crepúsculo
 con la sangre paciente y muda
 de esas flores que no vemos,
 toma mis pastos vírgenes,
 las indomables bestias de la infancia,
 mi orfandad, la más limpia tristeza
 y esa mancha de peces
 que disipa mis nieblas, las filosas
 espadas giratorias de la muerte.

ÁRBOL INVERTIDO

Volverme pies arriba,
ramas adentro, raíz al cielo
como un árbol invertido.
Volverme, sí, confundiendo los pájaros
que torpes anidaban mi pequeñez.
Confundir a los vientos,
el envés de la noche,
los arcos indomables,
la tarde, su jauría.
Las profundas gargantas de los cuervos sosegar,
las sucias transparencias,
el salto no escuchado
del suicida, los nudos,
las vacías ofrendad.
Mostrarles la dureza de mis líneas más íntimas,
mi piel de polvo y llama,
unas cuantas metáforas de praderas y ciervos,
islas, blancos tallos
que cuecen mi estrenada sangre.
Como en un laberinto de espejos, infinito,
confundirlos a todos,
que no logren llegar jamás
hasta la estrella que en el centro
muere y renace, infinita también,
que no toquen sus giratorias espadas,
el fuego líquido en los labios.

Abrazar la lluvia con mis piernas.
Beberla luego mis cabellos,
los ojos.
Ah, verlo todo distinto.

Tomado de: *Oscura cicatriz*

REMINISCENCIA DE OTRA LUZ

I

Oigo al viento gemir como un enfermo.
Un viento vasto carga su sombra herida,
la posaron fiereza sobres estos muros.
Ha abierto las ventanas más hondas,
la noche penetra en un fragor
de tímida paloma
mientras el cielo se acurruca en sus alas,
con el pico transido de tierra húmeda.

He quitado los herrumbrosos postigos
y en cada habitación el polvo tiembla
como un niño muy viejo,
de hinojos en el musgo.
Duele el azogue,
la memoria de criaturas
cinceladas con la sangre más fina.
Tiemblan las páginas en blanco
bajo la levedad de estas piedras vetustas.

Pero, escucha
este palpito se va apagando,
se hace un punto en mi pecho,
luego nada.
El viento me sabe, amigo,
cierta vez acarició mi sueño
y sintió el mismo frío,
la misma desesperanza
que tú también creías
fluyendo bajo los días del derrumbe.
Si me nombrara el viento,
si dejara un instante de llorar contra el muro
y contra mí llorase,
tanto fragor de ausencias
me cansaría menos.
En esta soledad la noche es tan minúscula,
tan triste, tan sin lunas
que parece la silueta de nuestros cuerpos
atados en el fondo del milagro.
¿Serán un grito las sílabas
que armo con tus ojos?

II

Las ramas del castaño que fuego no quemó
golpean con furia los cristales del verbo.

La noche de tu mirada se hace un látigo,
resbaladiza piedra de Sísifo
coronando mis albas.

No hallo paz.

He besado una a una las manchas de estos muros,
estigmas que el tiempo labraba con desgano,
como si fueran la dulce huella
de tus pies sobre el agua.

Mis labios sangran, y aún dudo
de que existan estos hierros,
serena torre sin fin donde cortas
la rosa de mis días.

He despertado en otras ansias,
otros crepúsculos
y ninguno amontona tanto miedo
como esta costumbre de saltar al vacío.

A la luz de una vela persigo
los nombres antiguos.

He agotado uno a uno tus párpados,
la exacta mutación de raras estaciones.

Y no se me derrama el cáliz. Tu voz
no me despeina al abrir la última ventana.

Tal vez un día pueda mirar el rostro
avergonzado de la muerte.

Un rocío secreto se esparce por mis venas.

Tomado de: *Oscura cicatriz*

SOBRE LA POETA

ILEANA ÁLVAREZ GONZÁLEZ

Nacida en Ciego de Ávila, Cuba, en 1967, esta poeta y ensayista define a los dieciséis años su vocación literaria escribiendo su primer cuaderno de poesía, que nunca publica, titulado «En la punta y sin armas». Es Licenciada en Filología con Diploma de Oro (Universidad Central de las Villas, Cuba, 1989), y Master en Cultura Latinoamericana (Universidad de Camagüey, 1999). Durante once años laboró como especialista en investigaciones socioculturales del Grupo de Investigación de la Dirección Sectorial de Cultura de Ciego de Ávila. Actualmente trabaja como Editora de la Editorial Ávila. Pertenece a la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

Ha obtenido varios premios de poesía en Cuba, así como distintos premios internacionales, entre ellos:

- Premio de Poesía Ávila, por *Los ojos de Dios me están soñando*, 1994
- Premio de Poesía Manuel Navarro Luna, por *Los ojos de Dios me están soñando*, 1994
- Premio Nacional Fundación de la Ciudad de Santa Clara, 1995 (Poesía)
- Premio de Poesía Emilio Ballagas, por *Oscura Cicatriz*, 1996
- Premio Nacional Félix Varela de periodismo católico, 1998.
- Premio Internacional del Frente de Afirmación Hispanista, por *El horizonte nos existe*, 1998, México.
- Premio de Poesía Raúl Doblado, por *Desprendimientos del Alba*, 1999.
- Premio Nacional Pinos Nuevos, 2000 (Poesía).
- Premio Nacional América Bobia, 2000 (Poesía)
- Premio Nacional Juan Marinello, 2000 (Ensayo), por el libro de ensayos *Dulce María Loynaz: la agonía de un mito*.
- Beca de Ensayo Sociocultural Juan Marinello, 2000, por la investigación cultural «Análisis histórico-crítico de la literatura avileña»
- Premio de Poesía Eliseo Diego, por *Consagración de las trampas*, 2003.

Poemarios publicados:

El agua tampoco resiste los grilletes (Ediciones Fidelia, 1990)

Libro de lo inasible (Editorial Capiro, 1996)

Oscura cicatriz (Editorial Ácana, 1999)

Los ojos de Dios me están soñando (Letras Cubanas, Colección Pinos Nuevos, 2001)

Desprendimientos del alba (Ediciones Ávila, 2001).

Consagración de las trampas (Ediciones Ávila, 2004).

